

presentaba para recibir de él noticias, si fuere necesario diarias, sobre el cambio en Bogotá.

El martes llegó a esta el telegrama del Sr. Ministro del Tesoro junto con el de mi corresponsal. Ambos publicados en «Eco de Oriente» y fijados en cartelones restablecieron la confianza y hoy en Villavicencio como en todo el país las Cédulas corren a la par.

Me permití dar este informe extenso y verídico no solamente para la historia del caso que nos ocupa sino para los análogos que pudieran suceder en otros puntos de la República y con otra esta u otra clase de monedas.

En fin, para la autenticidad de la relación que precede, firma conmigo el Secretario de la Inspección y Administrador de «Eco de Oriente» que también ha sido testigo de los acontecimientos y en ellos ha actuado en representación mía.

Del Sr. Intendente attos. y ss. ss.

Ls. M. Mauricio Diéres Monplaisir.

Raúl Velásquez R.

Villavicencio

... esa importante ciudad.

Villavicencio nació en 1840 y tiene por consiguiente 79 años de edad. Es pues como ciudad una niña, niña mimada, precoz y bonita que por lo tanto no permite que la tratemos con desprecio.

Villavicencio nació en la selva, taló sus montes, cuadró su plaza, levantó su igle-

sia. El incendio la destruyó tres veces, y tres veces ella rejuveneció. Arrollada por los temblores, aquella se dejó caer por la debilidad, consecuencia de la edad, pero allí mismo se levantó por virtud de la misma energía que le procurara su falta de años y desengaños.

Villavicencio ni era sitio en 1840 y cada década, que es hora en la vida de un pueblo, la veía ascender; vareda de San Martín, Aldea, Corregimiento, Municipio, Jefatura; hoy es Intendencia en lo civil y Sede Episcopal en lo eclesiástico.

Tiene parque chiquito, bonito y tiene luz eléctrica; tiene plantas industriales para el beneficio del arroz y de la caña; tiene talleres tipográficos y periódico; tiene cine y tiene banda que circunstancias extrínsecas paralizan pero de cuyo funcionamiento perfecto en un porvenir no lejano nos asegura la existencia del aparato y del instrumentaje; tiene seis escuelas con más de trescientos educandos, o sea el 10% de la población en las aulas; tiene bancos escolares cuyos socios aportan a la economía, que es a la vida moral de los pueblos lo que es la sangre al organismo humano, \$15.00 mensuales. Esto representa \$0.05 por

niño y por mes, o sea \$0.60 por año y escolar; y \$0.60 son el interés regular de \$60.00 sesenta pesos oro. El niño de diez años que sabe ahorrar el interés de una suma, puede muy bien, en la edad viril, ahorrarla, es decir el capital, siendo así una garantía para el comercio si se dedica a los negocios, y para la comunidad si se le otorga un puesto oficial por lo mismo que de él no necesitará para cancelar deudas viejas y tener derecho a contraer nuevas.

Villavicencio campechana, hospitalaria, caritativa, honrada, celebra con entusiasmo cualquier manifestación del trabajo para lo cual tiene exhibiciones concurrecidas; así como abre generosa a todo luchador vencido por el peso del día su hospital y su botica, ella señala a los holgazanes a quienes procura desprestigiar.

Villavicencio tiene comercio activo, honrado, con crédito y firmas responsables.

Villavicencio es paciente, no se queja de que la partida votada para abrirle caminos y componer sus puentes se estanque en los alrededores de San Cristóbal; Villavicencio hace *da se* hasta donde le alcanza y como Dios le

cogido un terrible constipado.

—Vamos, eso con un par de días de cama y un par de cuartillos de vino caliente con azúcar se pasa. Al catarro dale con el jarro. Malilla obra se nos hace con volver, pero lo peor es para el pobre Lorenzo. Que se alivie, y hasta un día de estos que volveremos.

Los forasteros tomaron el camino de sus pueblos, y Rosa, satisfecha de haber logrado ocultar o atenuar hasta donde era posible la mala conducta de su marido, se acercó a la cama de éste, diciéndole:

—Hijo, te voy a dar una tacita de caldo del puchero para que se te siente el estómago antes de almorzar.

—Lorenzo, muerto de vergüenza ante el recuerdo de su falta y la generosidad de su mujer, quiso implorar el perdón de ésta, pero su vanidad se lo impidió. En cambio juró en lo profundo de su corazón no volver a incurrir en la falta de que se avergonzaba.

Continuad

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

Los Borrachos

Por Antonio de Trueba

A la mañana siguiente, muy temprano, Rosa fué a la fuente y encontró allí a la Botera.

—¿Conqué ayer tarde, le dijo ésta, a poco más te sacude el polvo tu marido?

—Señora, hágale usted más favor! contestó severamente Rosa. Mi marido es incapaz de pegar a nadie y mucho menos a su mujer.

—Pues qué, ¿negarás que te dió un terrible empujón?

No lo niego, pero debo confesar que yo tuve la culpa, pues dejándome llevar de mi picaro genio, le dirigí un insulto que ningún otro marido hubiera dejado de castigar con un bofetón.

—Por supuesto, hoy se pasará durmiendo la mona?

—Hable usted con más respeto de mi marido, siquiera por la consideración que merecen los enfermos, pues mi marido lo está.

—Y hecho una cuba?

—Está usted muy equivocada.

El tono en que Rosa pronunció estas últimas palabras, puso término a las preguntas de la Botera.

Cuando volvió Rosa a casa, encontró a la puerta de la fragua a dos o tres vecinos de los pueblos inmediatos, que iban a que Lorenzo les compusiese las herramientas de la labranza.

—Ay! cuánto siento que hayan hecho ustedes el viaje en balde, porque el pobre Lorenzo está enfermo, les dijo Rosa.

Eso es lo peor, contestaron los labradores, Y qué tiene? Es cosa de cuidado?

—No, se mojó ayer mañana, y ha